



RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo III



(*Número Mensual, Madrid, 5 setiembre 1919*)

NOTAS DE ESTÉTICA LO QUE VIÓ PEREDUR

ENTRE las trece cosas preciosas que había en la Isla de Britania, según la leyenda céltica galesa, era una la carroza de Morgan Mwynvawr, que quien se sentará en ella era en seguida llevado á donde quisiera. Tal carroza son, sin duda, los maravillosos cuentos de los *Mabinogi*, las leyendas del país de Gales, de donde salió el ciclo llamado bretón de Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda. Entre estos Peredur, el hijo de Evrawc, del que luego se hizo, romanizándolo primero y germanizándolo después, Perceval y Parsifal, como de Gwenhwyvar se hizo Genievre, nuestro reino Ginebra, ó de Essyllt resultó la francesa Iseult, nuestra Iseo; luego la wagneriana Isolde. ¡Todos esos héroes y heroínas galeses, con sus aventuras de azar llenas de arbitrarias variaciones y con sus nombres llenos de ws y de ys!

En ese mundo á que nos lleva la carroza de Morgan Mwynvawr, reina una libertad absoluta; es el mundo del ajedrez de Gwenddolen, otra de las trece preciosidades que había en la Isla de Britania. Ese ajedrez era de oro y sus piezas de plata; y cuando se las colocaba en sus sitios, jugaban ellas por sí mismas. Las piezas mismas eran las jugadoras; las que de común acuerdo, ó de común discordia, tramaban el juego. Peredur vió una vez este juego, y como aquellos, blancos ó negros, de cuya parte se puso lo perdieron, enfadóse, recogió las piezas y echó el tablero á un lago; lo que le procuró nuevas aventuras.

Caminaba una vez á busca de aventuras por ese reino admirable el immaculado Peredur, cuando llegó á un valle á que cruzaba un río que corría entre praderas y el valle, ceñido de bosques. Y á un lado del río vió un rebaño de ovejas blancas, y otro de ovejas negras al otro lado del río; y cuando una de las ovejas blancas balaba, una de las negras cruzaba el río y se emblanquecía; y cuando balaba una de las ovejas negras, cruzaba el río una de las blancas y se ennegrecía. Y si estando, como estamos, divididos en blancos y negros, y con un río de por medio, no se ve ni á blanco ni á negro cruzarlo para ennegrecer ó emblanquecer, ó siquiera enhollinarse ó onjalbegarse, sino que á lo sumo, sin cruzar

río alguno y sin ningún bautismo, hay de unos de otros, de blancos ó de negros, quien se vuelve pardo, ha de ser ello debido á que no somos ovejas, sino cabritos, ó á que no sabemos balar, sino baladrar, que es una manera peor de ladrar. Pues el blanco ó el negro no balan cada cual desde su ribera para llamar al otro, convidándole á atravesar el río, sino que ladran ó baladran para ahuyentarlo ó atemorizarle. Y es que la oveja tiene sentimiento estético y su balido es canto, y la cabra ó el mastín abriga sentimientos dogmáticos ó, si se quiere, éticos, belicosos, agresivos y excluyentes.

Y en seguida de eso de las ovejas blancas y negras vió Peredur, el hijo de Evrawc, una de las más maravillosas visiones que cabe ver, y fué un alto árbol, á la orilla del río; y una mitad del árbol estaba en llamas desde las raíces á la copa, y la otra mitad estaba verde y llena de hojas. Esto vió Peredur, el hijo de Evrawc, el rústico caballero sin tacha ni malicia. Y podía haberlo visto en más de un hombre, de uno de esos hombres á quienes por no haberlos visto nunca Peredur, criado por su madre en la soledad de un bosque, tomó por ángeles.

Crece el hombre que como árbol vió Peredur á la orilla del río que separa á los negros de los blancos, y no importa á cuál de las dos orillas, que donde baña el agua común no hay principio de división alguna; sino que el agua, que es una y la misma, une el campo de los





negros y el de los blancos. Y las raíces de ese hombre toman pábulo de vida de la tierra blanca ó negra — ¡lo mismo da! —, gracias al agua común del río que las une al separarlas, y el sol, común á uno y otro campo, da verdura y esplendor al follaje de su copa.

Una mitad de ese hombre, la mitad del hígado, la que llamamos derecha, está toda verde y llena de follaje fresco y sombrero; y la otra mitad de ese hombre, la mitad del corazón, la que llamamos izquierda, está toda en llamas desde debajo de los pies hasta encima de la cabeza. Y no decimos la mitad blanca y la mitad negra, ni la que mira á la blancura y la que mira á la negrura, porque eso depende de la posición del hombre, y á una vuelta que se dé todo cambia. Es como en el ajedrez de Gwenddolen, que un peón tiene ya un blanco, ya un negro á su derecha ó á su izquierda, y si avanza derecho, de frente, mata ó es muerto de sesgo, por derecha ó por izquierda.

Y no sólo no sucede que la mitad en llamas no agoste y desque y queme á la otra mitad toda verde y cubierta de hoja, ni esta mitad hojosa y verdegueante apague el fuego de la otra, sino que gracias al fuego devorador de ésta, se mantiene el verdor y la lozanía, y la frescura de la parte del hígado; y gracias á este verdor y estas lozanía y frescura, tiene pábulo la hoguera de la parte del corazón. De la verde frescura del hígado se alimenta la brasa del corazón, y de esta brasa vive aquella verde frescura. Las verdes hojas del lado derecho toman, gracias al sol y al agua del río, la carne de leño que mantiene el fuego del lado izquierdo, y este fuego impide que en un invierno descarnado se ahornaguen y enrojeczan primero las hojas del hígado y acaben por desaparecer para siempre.

Sale á las veces algún humo de la hoguera del lado del corazón, y ensucia ese humo el cielo, ó se eleva una pila de vapor del agua

que las raíces toman del río, pila que forma arco iris al caer del sol, y por la otra parte, por la del hígado, se engurrufien y abarquillan algunas hojas, sobre todo si la oruga roe en ellas, y caen al río, ensuciando sus aguas, y el río las lleva al mar, donde se pierden.

De otras maravillosas visiones de Peredur, ó más bien del Perceval y del Parsifal que de él hicieron luego, y de lo que vió al ir en busca del Santo Grial, nos han dicho ya mucho; pero de la substancia de la visión del árbol mitad fuego y mitad verdura no nos habían dicho mucho. Lady Carlote Guest, en su traducción inglesa del *Mabinogion*, publicada primero en 1849, añadió unas eruditísimas notas sobre las leyendas en ellas contenidas; pero como se limitó honradamente, y algunas veces, según parece, hasta gazmoñamente, á su oficio de traductora — y de traductora cercenadora, que ya no está bien — y de anotadora, no se permitió libres y poéticos comentarios, como los que los bardos galeses se permitían sobre la labor de otros bardos. Y menos se permitió tejer sobre esas leyendas moralejas ó moralidades. Pero nosotros, sin desdofiar, ni menos reprochar, el oficio utilísimo de una Lady Guest, cuando montamos en la carroza de Morgan Mwynvawr, es para que nos lleve, como nos promete, á donde queredmos ir — acaso á ver una partida del ajedrez de Gwenddolen—, y no á donde al mismo Morgan Mwynvawr se le antoje, y mucho menos á donde les parezca que debe llevarnos á los eruditos investigadores de la literatura céltica. Si las creaciones no nos sirven para crear, de poco ó nada nos sirven. Sólo es de veras poesía lo que nos hace poetizar. — Miguel de Unamuno.

